

La lucha mapuche por la vida frente a un nuevo proyecto racial global

por HÉCTOR NAHUELPAÑ | Comunidad de Historia Mapuche / Universidad de Los Lagos | hnahuelpan@gmail.com

y JAIME ANTIMIL | Comunidad de Historia Mapuche | antimil.kaniupan@gmail.com

“Ya no es posible soportar más tiempo la cruel tiranía que sobre nosotros pesa”, afirmaba en 1896 el *logko* (líder) mapuche Esteban Romero en una carta dirigida a Federico Errázuriz, entonces presidente de la República de Chile (Romero 1896). La misiva escrita en los años posteriores al término de las campañas de invasión militar impulsadas por los estados chileno y argentino, no sólo aludía al hambre, los castigos y abusos que vivieron nuestras familias en ese periodo histórico traumático, también las palabras del *logko* Romero fueron reveladoras de las consecuencias históricas de larga duración que ha producido la ocupación colonial del Wallmapu (país mapuche).

Tematizadas grotescamente como “Pacificación de la Araucanía” y “Conquista del Desierto”, ambas campañas militares forjaron una relación colonial que perdura hasta nuestros días. Pues mediante la expropiación de nuestra soberanía política y la imposición de la soberanía estatal y del capital, la continuidad colonial ha tenido como expresiones estructurales el despojo de gran parte del territorio controlado por nuestro pueblo hasta mediados del siglo XIX; su ocupación progresiva con colonos chilenos, europeos y actualmente también por empresas nacionales y transnacionales; la expropiación de nuestros recursos naturales; la subordinación racial de la población, su empobrecimiento y disgregación demográfica a raíz de la reducción y los desplazamientos forzados. Así como el despliegue de un conjunto de “espacios civilizatorios” (misiones, escuelas, fundos, ejército, policía) destinados a “regenerar” a los sobrevivientes del genocidio, para su transformación en sirvientes dóciles del nuevo orden colonial (Nahuelpan 2012).

Actualmente en el contexto chileno las condiciones históricas y estructurales

de la dominación colonial no se han modificado sustancialmente, aunque si se han vuelto más complejas. El tenue giro hacia el multiculturalismo que tuvo como hito a la Ley Indígena 19.253 promulgada en el año 1993, la creación de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), la implementación de programas centrados en el reconocimiento de la diferencia cultural (Orígenes, Chile Indígena) y la ratificación del Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), evidenciaron desde sus inicios sus límites y contradicciones. Entrelazado con las alabanzas a la diversidad cultural, con los discursos culturalistas que promueven el diálogo y respeto “intercultural” o “la identidad” de los pueblos indígenas, los consecutivos gobiernos postdictatoriales (Patricio Aylwin, Eduardo Frei, Ricardo Lagos, Michelle Bachelet, Sebastián Piñera, Michelle Bachelet) dieron continuidad al histórico patrón extractivo y primario-exportador de la economía chilena, profundizando el saqueo, la contaminación y la destrucción ecológica del territorio histórico mapuche. De esta forma los capitales nacionales y transnacionales vinculados a la industria del monocultivo forestal, al rubro hidroeléctrico y energético, acuícola, minero, turístico, entre otros, han empalmado sus intereses con los de aquellos viejos actores latifundistas que se benefician del colonialismo republicano, sin diferir sustancialmente en sus lógicas de desposesión, mercantilización, racialización y destrucción de alternativas de vida.

No obstante la continuidad del estado de ocupación colonial en Wallmapu, las organizaciones mapuche han elaborado diferentes estrategias de lucha por recuperar nuestra soberanía que se encuentra históricamente suspendida. Estas estrategias, dependiendo de los actores en juego, se conjugan, diferencian o convergen en

su trato con el estado y el gran capital. En lo que concierne al movimiento mapuche rupturista (Pairican 2014) podemos encontrar su sustento en al menos cinco principios. Primero, la recuperación del territorio y las fuentes de conocimiento, arrebatado y despojado desde la “Pacificación de la Araucanía”. Segundo, la recuperación de la sustentabilidad económica y el mejoramiento de las condiciones de vida material de las comunidades, a través de formas de producción autónomas y colectivas. Tercero, la ruptura con la visión mercantil y usufructuaria de la tierra, retomando principios y lógicas relacionadas al respeto, coexistencia e interdependencia entre vidas humanas y no humanas. Cuarto, el freno al proyecto neoliberal y el capitalismo extractivo, en tanto fuerzas destructoras de las formas de vida y la propia sobrevivencia de las personas. Quinto, la interrogación y ruptura de las jerarquías raciales y patriarcales que se han conformado históricamente y que se reactualizan en el actual contexto. Todos estos principios se vienen desplegando en el marco de formas de movilización autónomas y comunitarias, no exentas de contradicciones en su desarrollo al margen o fuera del campo de acción estatal.

Frente a este panorama, tanto el estado como los grupos de poder regionales, nacionales y transnacionales no se han mantenido inmovilizados. Por el contrario, han elaborado diversas estrategias de contención y contrainsurgencia. El aparato estatal mientras continúa desplegando tibias respuestas en materia indígena, también ha enfocado su acción en debilitar o desarticular aquellas expresiones del movimiento que interrogan el colonialismo histórico y buscan dismantelar las jerarquías raciales que el proyecto neoliberal reproduce y reactualiza: ataque y violencia focalizada

hacia niños y niñas, jóvenes, mujeres y ancianos; criminalización y militarización de comunidades en resistencia, así como el encarcelamiento de autoridades espirituales; descabezamiento de líderes; la búsqueda de adherencia en las comunidades, mediante programas orientados al “desarrollo con identidad”; el sabotaje a las economías de resistencia y a las formas de producción autónomas, entre otras.

Por su parte, las elites económicas trazan su ofensiva concitando un discurso anti-mapuche a través de los medios de comunicación oficiales, oponiéndose a las políticas neoindigenistas de reconocimiento ténue, justificando la acción de grupos paramilitares conformados por sectores latifundistas o presionando para que se decreten estados de excepción en lo que denominan como “zona roja del conflicto”. En este último caso, se trata de acciones y discursos que buscan crear un manto de legalidad e impunidad al estado de excepción de facto que ya se vive en comunidades que impulsan procesos de recuperación territorial.

En este escenario, las expresiones de lucha del movimiento mapuche rupturista no solo cuestionan el colonialismo histórico y el racismo estructural que subyace al despojo territorial, la violencia policial y la criminalización, sino que parecen apuntar a un horizonte alternativo o al menos distinto al actual proyecto racial global. Esto como respuesta a la opresión histórica, pero también como una forma de hacer frente a la destrucción ecológica, la mercantilización de la vida y el nuevo ciclo de deshumanización que viven pueblos indígenas y afrodescendientes. En efecto, aunque la invasión neoliberal ha traído consigo la reformulación de las formas de despojo, racismo y muerte tanto de vidas humanas como no humanas, acentuando

la crisis y destrucción ecológica, también ha dado fundamentos globales a la lucha por la tierra y la preservación de la vida, generando condiciones para el empalme y diálogo con otros movimientos de la sociedad chilena, de Abya Yala y del globo, a la vez que abriendo senderos para una alianza estratégica y el caminar hacia proyectos alternos de vida en común.

Hace algunos años frente a la representación dominante que construía al mapuche como “terrorista”, el poeta Elicura Chihuailaf (2008) sostenía que “nuestra lucha es una lucha por la ternura”. Hoy en día, en tiempos de un nuevo proyecto racial global caracterizado por la reemergencia del ultranacionalismo blanco, la profundización del saqueo y violencia sobre la tierra, de una crisis ecológica sin precedentes y de un nuevo ciclo de odio racial y deshumanización de las vidas indígenas y afrodescendientes, podemos decir que la lucha mapuche y la de nuestros pueblos hermanos no solamente es por la ternura, la autonomía y la autodeterminación, sino ante todo por la vida.

Chumgechi üzejefeli rume,
Chumgechi bagümjefeli rume
Ahtü reke wiño xipaxipagetuan.
Zoy pepiluway ñi piuke, ñi zoy gülam
ñi mogen

Tayu mogen, ta iñ mogen

—Mapuche ülkantun

Aun si me odias de muchas maneras
Aun si me matas de muchas formas.
Al igual que el sol volveré a salir día a día.
Y estará cada vez más preparado mi
corazón para
fecundar mi vida.
Nuestra vida (la de los dos), la de nuestras
vidas.

—Canto Mapuche

Referencias

Chihuailaf, Elicura

2008 “Nuestra lucha es una lucha por ternura”. En *Le Monde Diplomatique, Historias y luchas del Pueblo Mapuche*, 9–30. Santiago: Editorial Aun Creemos en los Sueños.

Nahuelpán, Héctor

2012 “Formación colonial del Estado y desposesión en Ngulumapu”. En *Comunidad de Historia Mapuche, Ta iñ fijke xipa rakizuameluwün: Historia, colonialismo y resistencia desde el país Mapuche*, 119–152. Temuco: Ediciones Comunidad de Historia Mapuche.

Pairican, Fernando

2014 *Malón: La rebelión del movimiento mapuche (1990–2013)*. Santiago de Chile: Pehuén Editores.

Romero, Esteban

1896 “Carta al Presidente de la República de Chile, Federico Errázuriz. Chillán, noviembre 10 de 1896”. En Jorge Pavez Ojeda (comp.), *Cartas mapuche, siglo XIX*, 805–815. Santiago: CoLibris/Ocho Libros. ■